

Homilía de la Resurrección de Nuestro Salvador Jesucristo para el día de Pascua



Por Richard Taverner

Si alguna vez la grandeza o excelencia de algún asunto, espiritual o temporal, ha despertado sus mentes para prestar oídos diligentes, buen pueblo cristiano y bien amado en nuestro Señor y Salvador Jesucristo, no dudo que los tendré ahora en esta temporada como oyentes muy diligentes y listos del asunto que tengo en este momento para abrirles. Porque vengo a declarar ese gran y más comfortable artículo de nuestra religión y fe cristianas, la resurrección de nuestro Señor Jesús.

Tan grande ciertamente es el asunto de este artículo y de tan gran peso e importancia, que se consideró digno de mantener a nuestro Salvador todavía en la tierra cuarenta días después de haber resucitado de la muerte a la vida, para la confirmación y establecimiento del mismo en los corazones de sus discípulos. De modo que, como claramente atestigua Lucas en el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, estuvo conversando con sus discípulos por espacio de cuarenta días continuamente juntos¹, con la intención de que en su persona, estando ya glorificado, les enseñara e instruyera, a los que debían ser los maestros de los demás, plenamente y de la manera más absoluta y perfecta la verdad de este cristianísimo artículo, que es la base y fundamento de toda nuestra religión, antes de que ascendiera a los cielos con su Padre, para recibir allí la gloria de su triunfante conquista y victoria.

Sin duda, este artículo es tan reconfortante para nuestras conciencias que es incluso la llave y el candado de toda nuestra religión y fe cristianas. "Si no fuera verdad", dice el santo apóstol Pablo, "si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe, aún estáis en vuestros pecados", dice el apóstol, "entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres", si él todavía está bajo el poder de la muerte y todavía no ha sido restaurado a su bienaventuranza. "mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos", dice el apóstol Pablo, "primicias de los que durmieron es hecho", con el propósito de resucitarlos a la vida eterna². Y si no fuera verdad que Cristo ha resucitado,

¹ Hechos 1:3.

² 1 Corintios 15:14-22.

tampoco lo sería que ha subido a los cielos, ni que nos ha enviado desde el cielo el Espíritu Santo, ni que está sentado a la diestra de su Padre celestial, teniendo el dominio del cielo y de la tierra, reinando (como dice el profeta) «de mar a mar³», ni que después de este mundo será juez tanto de los vivos como de los muertos, para recompensar a los buenos y juzgar a los malos.

Así pues, para que todos estos eslabones de nuestra fe quedaran firmemente establecidos y confirmados, a nuestro Salvador no le plugo retirarse inmediatamente de la presencia corporal y de la vista de sus discípulos, sino que eligió cuarenta días en los que les declararía con múltiples y muy fuertes argumentos y señales que había vencido a la muerte, y que también había resucitado verdaderamente a la vida. “Y comenzando” -dice Lucas- “desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían⁴”, con la intención de confirmar la verdad de su resurrección, de la que se había hablado mucho antes, y que verificó en verdad, como se declara muy explícita y manifiestamente, por su frecuente aparición a diversas personas en diversos momentos. Primero envió sus ángeles al sepulcro, los cuales mostraron a ciertas mujeres la tumba vacía, salvo que quedaba en ella el lienzo de la sepultura, y por estas señales fueron estas mujeres plenamente instruidas de que había resucitado, y así lo testificaron abiertamente⁵. Después de esto, Jesús mismo se apareció a María Magdalena, y después a otras ciertas mujeres, e inmediatamente después se apareció a Pedro, y luego a los dos discípulos que iban a Emaús⁶. También se apareció a los discípulos, mientras “estaban reunidos por miedo a los judíos, con las puertas cerradas⁷”. En otra ocasión fue visto en el mar de Tiberíades por Pedro y Tomás y por otros discípulos, cuando estaban pescando⁸. Fue visto por más de quinientos hermanos en el monte de Galilea, donde Jesús les indicó que estuvieran por medio de su ángel, cuando dijo: “He aquí, él irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis como os ha dicho⁹”. Después de esto se apareció a Santiago, y por último fue visto visiblemente por todos los apóstoles en el momento en que fue llevado al cielo¹⁰. De esta forma, en diversas ocasiones se mostró a sí mismo después de haber resucitado, para confirmar y establecer este artículo. Y en estas revelaciones algunas veces les mostró sus manos, sus pies y su costado y les ordenó que lo tocaran, para que no lo tomaran por un fantasma o un espíritu; algunas veces también comió con ellos, pero siempre estuvo hablando con ellos del reino eterno de Dios, para asegurar la verdad de su resurrección. Porque, “entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el

³ Salmos 72:8.

⁴ Lucas 24:27.

⁵ Mateo 28:1-8; Lucas 24:1-12.

⁶ Juan 20:14-18; Mateo 28:9-10; 1 Corintios 15:5; Lucas 24:13-34.

⁷ Juan 20:19.

⁸ Juan 21:1-14.

⁹ 1 Corintios 15:6; Marcos 16:7; Mateo 28:7, 10.

¹⁰ 1 Corintios 15:7; Hechos 1:4-11.

Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones¹¹”.

Vosotros veis, buen pueblo cristiano, cuán necesario es este artículo de nuestra fe, observando que fue probado por el mismo Cristo por razones y señales tan evidentes, por tanto tiempo y espacio. Ahora, pues, así como nuestro Salvador fue diligente en declararlo para nuestro consuelo e instrucción, así también estemos dispuestos en nuestra creencia a recibirlo para nuestro consuelo e instrucción. Así como no murió por sí mismo, tampoco resucitó por sí mismo. San Pablo dice: “Murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación¹²”. ¡Oh!, ¡que palabra tan consoladora, para que la recordemos siempre! Murió, dice, para quitar el pecado; resucitó para darnos la justicia. Su muerte quitó el pecado y la maldición, su muerte fue el pago por ambos, su muerte destruyó la muerte y venció “al diablo, que tenía el poder de la muerte¹³” en su sujeción; su muerte destruyó el infierno con toda su condenación. Así fue tragada la muerte por la victoria de Cristo, así fue destruido para siempre el infierno¹⁴.

Si alguien duda de esta victoria, que lo declare la gloriosa resurrección de Cristo. Si la muerte no pudo mantener a Cristo bajo su dominio y poder, sino que resucitó, es manifiesto que su poder fue vencido. Si la muerte es vencida, entonces debe seguirse que el pecado, para el cual la muerte fue señalada como paga, también debe ser destruido. Si la muerte y el pecado desaparecen, entonces es vencida la tiranía del diablo, que tenía el poder de la muerte, y era el autor y productor del pecado, y el gobernante del infierno. Si Cristo tuvo la victoria sobre todos ellos por el poder de su muerte y lo demostró abiertamente por su victoriosísima y valerosa resurrección, ya que no era posible que su gran poder fuera subyugado por ellos, y entonces esto es verdad, que Cristo “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”, ¿por qué no podemos nosotros, que somos sus miembros por verdadera fe, regocijarnos y decir audazmente con el profeta Oseas y el apóstol Pablo: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo¹⁵”.

Esta poderosa conquista de su resurrección no sólo fue simbolizada antes por diversas figuras del Antiguo Testamento, como por Sansón cuando mató al león, de cuya boca salió dulzura y miel¹⁶, y como David tipificó su figura cuando liberó al cordero de la boca del león, y cuando venció y mató al gran gigante Goliat¹⁷, y como

¹¹ Lucas 24:45-47.

¹² Romanos 4:25.

¹³ Heb. 2:14.

¹⁴ 1 Cor. 15:54, 57.

¹⁵ Oseas 13:14; 1 Cor. 15:55, 57.

¹⁶ Jueces 14:5-8.

¹⁷ 1 Sam. 17:34-35, 49-50.

cuando Jonás fue tragado por la boca del gran pez y arrojado de nuevo a tierra para vivir¹⁸, sino que también fue profetizado muy claramente por los profetas del Antiguo Testamento, y en el Nuevo también confirmado por los apóstoles. “Despojó”, dice San Pablo, “el dominio y el poder” y todo el dominio de nuestros enemigos espirituales; “los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz¹⁹”.

Éste es el gran poder del Señor en quien creemos. Por su muerte nos ha dado esta victoria, y por su resurrección nos ha comprado la vida eterna y la justicia. No habría bastado que nos librara del pecado por su muerte, si no hubiéramos sido dotados de justicia por su resurrección. Y de nada nos serviría ser librados de la muerte si no hubiera resucitado para abrirnos las puertas del cielo y entrar en la vida eterna. Por eso San Pedro da gracias y bendice a “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe²⁰”. Así su resurrección nos ha dado vida y justicia. Pasó por la muerte y el infierno, con el fin de darnos la buena esperanza de que por su fuerza haremos lo mismo. Él pagó el rescate del pecado para que no se nos imputara. Destruyó al diablo y toda su tiranía, y triunfó abiertamente sobre él, arrebatándole a todos sus cautivos, y los resucitó y los colocó junto a Él entre los ciudadanos celestiales²¹. Él murió para destruir el gobierno del diablo en nosotros y resucitó para enviar su Espíritu Santo a gobernar en nuestros corazones, para dotarnos de una justicia perfecta. Así es verdad que David cantó: “veritas de terra orta est et iustitia de caelo prospexit” (La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde los cielos); la verdad de la promesa de Dios se declara en la tierra al hombre, o desde la tierra es la verdad eterna, el Hijo de Dios, resucitado a la vida, y la verdadera justicia del Espíritu Santo que mira desde el cielo, y se distribuye en la más magnánima generosidad sobre todo el mundo²². De esta manera, la gloria y la alabanza rebotan hacia arriba a Dios por su misericordia y verdad, y así la paz desciende del cielo a los hombres de corazón bueno y fiel²³. Así, como escribe David, la misericordia y la verdad se encuentran juntas; así la paz y la justicia se abrazan y se besan mutuamente²⁴.

Si dudas de tan gran riqueza y felicidad que se te ha otorgado, oh hombre, recuerda que, por tanto, has recibido en tu propia posesión la verdad eterna, nuestro Salvador Jesucristo, para confirmar a tu conciencia la verdad de todo esto. Lo has recibido (si lo has recibido con verdadera fe y arrepentimiento de corazón, si lo has recibido con el propósito de enmendarte) como medida o garantía eterna de tu

¹⁸ Jonás 1:17; 2:10.

¹⁹ Col. 2:15.

²⁰ 1 Pedro 1:3–5.

²¹ Ef. 2:6.

²² Sal. 85:11; Ef. 4:8. La versión en inglés es una versión libre y ampliada del latín.

²³ Lucas 2:14.

²⁴ Sal. 85:10.

salvación. Has recibido su cuerpo que una vez fue quebrantado y su sangre que fue derramada para la remisión de tu pecado. Has recibido su cuerpo para tener dentro de ti al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo para morar contigo, para dotarte de gracia, para fortalecerte contra tus enemigos y para consolarte con su presencia. Has recibido su cuerpo para dotarte de justicia eterna, para asegurarte la felicidad eterna y la vida de tu alma. Porque con Cristo, por la verdadera fe, eres vivificado de nuevo, dice san Pablo, de la muerte del pecado a la vida de la gracia, y en esperanza trasladado de la muerte corporal y eterna a la vida eterna de gloria en el cielo, donde ahora debería estar tu ciudadanía y puestos tu corazón y tu deseo²⁵. No dudes de la verdad de este asunto, por grandes y elevadas que sean estas cosas. Es propio de Dios no hacer obras pequeñas, por imposibles que te parezcan. Ruega a Dios que tengas fe para percibir este gran misterio de la resurrección de Cristo, para que por la fe puedas creer con certeza que nada es imposible para Dios²⁶. Sólo tienes que tener fe en la santa Palabra y sacramento de Cristo. Que tu arrepentimiento muestre tu fe, que tu propósito de enmienda y la obediencia de tu corazón a la ley de Dios demuestren en el futuro tu verdadera creencia. Esfuérate por decir con San Pablo desde ahora en adelante: “nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas²⁷”.

Así, pues, buenos cristianos, por cuanto habéis oído estos tan grandes y excelentes beneficios de la poderosa y gloriosa resurrección de Cristo, tales como que nos ha rescatado del pecado, ha vencido al diablo, a la muerte y al infierno, y ha triunfado victoriosamente sobre todos ellos, para hacernos libres y guardarnos seguros de su poder, y sabiendo que por este beneficio de su resurrección somos resucitados con Él por nuestra fe para vida eterna, estando en plena seguridad de nuestra esperanza, de que nuestros cuerpos igualmente resucitarán de la muerte, para tenerlos glorificados en la inmortalidad y unidos a su cuerpo glorioso, teniendo mientras tanto su Espíritu Santo dentro de nuestros corazones como sello y garantía de nuestra herencia eterna, por cuya ayuda seremos reabastecidos de toda justicia, por cuyo poder podremos someter todos nuestros afectos malignos que se levantan contra todo aquello que agrada de Dios; Estas cosas, digo, bien consideradas, declaremos ahora en el resto de nuestra vida nuestra fe en este artículo tan fructífero al enmarcarnos en él al levantarnos diariamente del pecado a la justicia y santidad de vida. San Pedro nos dice, “¿De qué nos servirá escapar y ser librados de la inmundicia del mundo por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, si volvemos a enredarnos en ella y volvemos a ser vencidos nuevamente?” Ciertamente, “hubiera sido mejor” –dice– “no haber conocido nunca el camino de la justicia que, después de haberlo conocido y recibido, volver atrás otra vez del santo mandamiento de Dios que nos fue dado. De este modo tendrá lugar en nosotros el

²⁵ Ef. 2:5–8.

²⁶ Lucas 1:37; 18:27.

²⁷ Filipenses 3:20-21.

proverbio que dice: El perro vuelve a su vómito y la puerca lavada a revolcarse en el cieno otra vez²⁸." ¡Qué vergüenza sería para nosotros, habiendo sido tan clara y libremente lavados de nuestro pecado, volver de nuevo a la inmundicia del mismo! ¡Qué locura sería, dotados así de justicia, perderla de nuevo! ¡Qué locura sería perder la herencia que ahora nos ha sido dada por el vil y transitorio placer del pecado! ¡Y qué crueldad sería que nuestro Salvador Cristo, de su misericordia, viniera a morar en nosotros como nuestro huésped, para expulsarlo de nosotros y desterrarlo violentamente de nuestras almas, y en lugar de aquel en quien está toda gracia y virtud, recibiera el espíritu ingrato del diablo, el fundador de toda maldad y perversidad! ¿Cómo podemos encontrar en nuestros corazones la manera de mostrar una crueldad tan extrema hacia Cristo, que ahora tan gentilmente nos ha llamado a la misericordia y se ha ofrecido a nosotros, y ahora ha entrado en nosotros? Sí, ¿cómo nos atrevemos a ser tan osados como para renunciar a la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (pues donde está uno, allí está Dios todo entero en majestad junto con todo su poder, sabiduría y bondad), y no temer, digo, el peligro y el riesgo de un desafío y un abandono tan traicioneros?

Buenas hermanas y hermanos cristianos, aconsejaos a vosotros mismos; considerad la dignidad en la que estáis colocados ahora. No dejéis que la locura pierda lo que la gracia ha ofrecido y comprado tan preciosamente. No dejéis que la obstinación y la ceguera apaguen la gran luz que ahora se os muestra. Solamente tomad buen corazón para vosotros y 'poneos toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra vuestros enemigos', que os someterían de nuevo y os llevarían a su esclavitud²⁹. Acordaos de que "habéis sido comprados de vuestra vana manera de vivir" y que vuestra libertad no se compró "con oro, ni plata, sino con el valor de la preciosa sangre de aquel inocente Cordero Jesucristo, que fue ordenado con este propósito antes de que el mundo fuese creado, pero que fue declarado así en el último tiempo de gracia por amor a vosotros, que por Él tenéis vuestra fe en Dios, quien le levantó de la muerte y le dio gloria, para que tengáis vuestra fe y esperanza en Dios³⁰". Por tanto, como hasta ahora habéis seguido las vanas concupiscencias de vuestras mentes y de tal manera habéis desagradado a Dios hasta el peligro de vuestras almas, así ahora, como hijos obedientes, purificados por la fe, entregaos a andar por el camino al que Dios os mueve³¹, para que obtengáis el fin de vuestra fe, la salvación de vuestras almas³². Y "como habéis entregado vuestros cuerpos a la injusticia, para pecar tras el pecado, así ahora entregaos a la justicia, para ser santificados en ella³³".

²⁸ 2 Pedro 2:20-22.

²⁹ Efesios 6:11-12.

³⁰ 1 Pedro 1:18-21.

³¹ 1 Pedro 1:14.

³² 1 Pedro 1:9.

³³ Romanos 6:19.

Si os deleitáis en este artículo de vuestra fe, en el que tenemos la convicción que Cristo resucitó de muerte a vida, seguid entonces el ejemplo de su resurrección, como nos exhorta san Pablo, diciendo: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva³⁴"; para que también nosotros, como hijos suyos, vivamos cotidianamente de tal manera que mueva a los hombres a "glorificar a nuestro Padre que está en los cielos³⁵". "Si, pues, resucitamos con Cristo" por nuestra fe a la esperanza de la vida eterna, resucitemos también con Cristo, a su ejemplo, a una vida nueva, y dejemos la vieja. Entonces resucitaremos verdaderamente si "buscamos las cosas de arriba", si "tenemos la mirada en las cosas de arriba y no en las de la tierra³⁶". Si deseáis saber cuáles son estas cosas terrenales que debéis desechar y cuáles son las cosas celestiales de arriba que debéis buscar y seguir, San Pablo en la epístola a los Colosenses declara, cuando nos exhorta así: "haced morir, pues, lo terrenal en vosotros", y de esta manera, los antiguos afectos del pecado, como, "fornicación, inmundicia, pasiones contranaturales, malos deseos y avaricia, que es adoración de ídolos; cosas por las cuales la ira de Dios suele caer sobre los hijos de incredulidad, en las cuales anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora apartad también de vosotros la ira, el enojo, la malicia, las maldiciones, las palabras deshonestas de vuestras bocas. "no mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo³⁷". Éstas son las cosas terrenales que San Pablo os exhorta a desechar y a arrancarlas de vuestros corazones. Porque al seguirlas os declararéis terrenales y mundanos. Éstos son los frutos del Adán terrenal. Éstos debéis matarlos diariamente con buena diligencia resistiendo a los deseos de ellos, para que podáis elevaros a la justicia. Que vuestro afecto de ahora en adelante esté puesto en las cosas celestiales. Pedid y buscad la "misericordia, bondad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos unos a otros, si alguno tiene alguna queja con otro; Así como Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros³⁸". Si estas y otras virtudes celestiales las mantenéis en el resto de vuestra vida, mostraréis claramente que habéis resucitado con Cristo y que sois hijos espirituales de vuestro Padre celestial³⁹, de quien, como del dador, vienen estas gracias y dones⁴⁰. De esta manera probaréis que vuestra ciudadanía está en los cielos, donde está vuestra esperanza, y no en la tierra, siguiendo los apetitos bestiales de la carne⁴¹.

Por tanto, debéis considerar que estáis limpios y renovados, para que de ahora en adelante "serváis a Dios en santidad y justicia todos los días de vuestra vida", a

³⁴ Romanos 6:2-4.

³⁵ Mateo 5:16.

³⁶ Colosenses 3:1-2.

³⁷ Colosenses 3:5-10.

³⁸ Colosenses 3:12-13.

³⁹ Mateo 5:45.

⁴⁰ Santiago 1:17.

⁴¹ Filipenses 3:20.

fin de que reinéis con él en la vida eterna⁴². Si rechazáis tan grande gracia, a la que sois llamados, ¿qué otra cosa hacéis sino amontonar más y más vuestra condenación, y provocar así a Dios para que os eche en cara su desagrado y se venga de esta burla de sus santos sacramentos que están siendo abusados incesantemente? Aplicaos, buenos amigos, a vivir en Cristo para que Cristo siga viviendo en vosotros, cuyo favor y asistencia, si lo tenéis, entonces ya tenéis vida eterna dentro de vosotros, de tal forma que nada os puede dañar⁴³. Todo lo que hasta ahora se ha hecho y cometido, Cristo, como veis, os ha ofrecido el perdón y claramente os ha recibido de nuevo en su favor, con plena seguridad de que lo tenéis ahora habitando y morando dentro de vosotros. Solamente mostraos agradecidos en vuestras vidas, determinad con vosotros mismos rechazar y evitar todas aquellas cosas en vuestra manera de andar que puedan ofender sus ojos de misericordia⁴⁴. Esforzaos vosotros mismos por ese camino para levantaros de nuevo, por el que caísteis en el pozo o fosa del pecado. Si con vuestra lengua habéis ofendido, levantaos ahora y glorificad a Dios con ella. Acostumbradla a alabar y a exaltar el nombre de Dios de la misma forma como vosotros lo habéis deshonrado con ella. Y así como habéis dañado el nombre de vuestro prójimo o le habéis estorbado de alguna otra manera, así ahora intentad restituírselo de nuevo. Porque sin restitución Dios no acepta vuestra confesión, ni vuestro arrepentimiento. No basta con abandonar el mal, si no os animáis a hacer el bien⁴⁵. En cualquier ocasión en que hayáis ofendido, volved ahora la ocasión en honor de Dios y provecho de vuestro prójimo.

Es verdad que el pecado es fuerte y los afectos rebeldes. Difícil es dominar y resistir a nuestra naturaleza, tan corrompida y fermentada con la amargura agria del veneno que recibimos por herencia de nuestro viejo padre Adán. Pero tened valor, dice nuestro Salvador Cristo, porque yo he vencido al mundo y a todos los demás enemigos por vosotros⁴⁶. El pecado no tendrá poder sobre vosotros, porque ahora estáis bajo la gracia, dice San Pablo⁴⁷. Aunque vuestro poder sea débil, Cristo ha resucitado para fortaleceros en vuestra batalla; su Espíritu Santo os ayudará en vuestras debilidades⁴⁸. Confiando en su misericordia, os toma en sus manos para purgar esta vieja levadura de pecado que corrompe y ensucia la dulzura de vuestra vida delante de Dios, para que seáis como masa nueva y fresca, vacía de toda levadura agria de maldad; así os mostraréis como pan dulce a Dios, para que se deleite en vosotros. Digo, matad y desechad los afectos mundanos y terrenales de vuestros cuerpos, porque Cristo, nuestro Cordero pascual, es ofrecido por nosotros, para matar el poder del pecado, para librarnos de su peligro y para darnos ejemplo de morir al pecado en nuestra vida. Así como los judíos comieron su cordero pascual

⁴² Lucas 1:74–75.

⁴³ Juan 5:24.

⁴⁴ Colosenses 3:5–6.

⁴⁵ Salmo 37:27.

⁴⁶ Juan 16:33. Todas las ediciones antiguas atribuyen la cita erróneamente a Mateo 6.

⁴⁷ Romanos 6:14.

⁴⁸ Romanos 8:11, 26, 34.

y celebraron su fiesta en memoria de su liberación de Egipto, así también nosotros celebremos nuestra fiesta pascual en el recuerdo agradecido de los beneficios de Cristo, que ha obrado abundantemente por nosotros mediante su resurrección y su paso a su Padre, por lo que somos liberados de la cautividad y esclavitud de nuestros enemigos⁴⁹. De la misma manera, pasemos por alto los afectos de nuestra antigua manera de vivir para que podamos ser liberados de su esclavitud y resucitar así con Cristo. Los judíos celebraban su fiesta absteniéndose de pan leudado por espacio de siete días, nosotros, pueblo cristiano, celebremos nuestro día santo de manera espiritual, es decir, absteniéndonos, no de pan leudado material, sino de la vieja levadura del pecado, la levadura de la malicia y de la perversidad⁵⁰. Arrojemos de nosotros la levadura de la doctrina corrupta que infectará nuestras almas⁵¹. Celebremos nuestra fiesta todo el término de nuestra vida comiendo el pan de la pureza de la vida piadosa y de la verdad de la doctrina de Cristo. Así declararemos que los dones y gracias de Cristo tienen su efecto en nosotros y que tenemos la creencia y el conocimiento correctos de su santa resurrección; donde verdaderamente, si aplicamos nuestra fe a la virtud de la misma y en nuestra vida nos conformamos al ejemplo y significado de ella, estaremos seguros de resucitar en lo sucesivo a la gloria eterna por la bondad y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea toda gloria, acción de gracias y alabanza «in infinita saeculorum saecula».

Amén.

⁴⁹ 1 Corintios 5:7–8.

⁵⁰ Éxodo 12:15–20.

⁵¹ Mateo 16:6, 12.